

Año II (2.^a época)

REPOSICIÓN DE LA
MADRID

Número 7

EL ESTUDIANTE

Semanario de la juventud española



S U M A R I O

Los estudiantes y la política, Editorial.—*La obra por hacer*, Omar-ben-Hafsún.—*La Religión del porvenir (continuación)*, José Antonio Balbontín.—*Tres poemas en prosa*, Bernardo Ortiz de Montellano.—*Oda contenta (versos)*, Alfonso Reyes.—*Soliloquios*, Dionisio la Cruz.—*Tirano Banderas. Libro tercero. Mitote revolucionario*, D. Ramón del Valle-Inclán.—*Esfinge, Lámpara (versos)*, Ramón Prieto y Romero.—*Lecturas*: José Ortega y Gasset, E. S. y Ch. Muerte repentina, Ricardo Baroja.—*La carrera de comercio*, Prudencio Sayagués

*

Precio: 30 cts. - MADRID - 17 enero 1926

OBRAS DE

D. MIGUEL DE UNAMUNO

De la enseñanza superior en España.
Tres ensayos ¡Adentro! La ideocracia.
La Fe.
En torno al casticismo.
Paisajes.
Vida de Don Quijote y Sancho.
Amor y Pedagogía.
De mi país. Descripciones, datos y ar-
tículos de costumbres.
Paz en la guerra.
Poesías.
Mi religión y otros ensayos.
Por tierras de Portugal y España.
Rosario de sonetos líricos.
Una historia de amor.
Soliloquios y conversaciones.
Andanzas y visiones españolas.
Contra esto y aquello.
El espejo de la muerte (novelas cortas).
Niebla (novela).
Del sentimiento trágico de la vida en los
hombres y en los pueblos.
Ensayos (siete tomos).
Abel Sánchez. Una historia de pasión.
El Cristo de Velázquez.
Tres novelas ejemplares y un prólogo.
Teresa. Rimas.
L'agonie du christianisme (París 1925).

DE VENTA EN TODAS LAS LIBRERÍAS DEL MUNDO

*Las obras de D. Miguel de Unamuno han sido traducidas
al francés, al italiano, al inglés y al alemán. Se está pu-
blicando la traducción al sueco de sus obras completas.*

EL ESTUDIANTE

SEMANARIO DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA

MADRID * NÚMERO 7

Director: Rafael Giménez Siles

17 ENERO 1926

DIRECCIÓN

Y ADMINISTRACIÓN:

ZORRILLA, 4.

Este número ha sido
visado por la censura

Los estudiantes y la política

Entre los muchos prejuicios que conducen al estudiante español a una anulación completa, se halla, como el más arraigado, lo que podríamos llamar el fantasma de la política. Basta nombrar esta palabra para que se origine en los estudiantes españoles un movimiento de temor. Se asustan algunos por lo que aquel vocablo pueda representar de inquietud y rebeldía, de protesta y descontento. Para otros, no tan asustadizos, la palabra política es, en cambio, motivo de continua indiferencia, como si la política —esto es, España— no fuera cosa que mereciera el menor interés. Creen que preocuparse de las cuestiones políticas del país depende, más que de otra cosa, de una afición particular, de una inclinación de no menor importancia que la que nos lleva, por ejemplo, a un partido de fútbol o a una corrida de toros. Por otra parte, semejante actitud y disposición de ánimo del estudiante se halla fomentada por una opinión frecuentísima, que se extiende cada día más. Y es aquella que nos afirma que la clase estudiantil, como tal clase, debe permanecer aislada en su radio de acción, ajena al país, sin preocuparse de otras cosas que no sean los asuntos estudiantiles. En último caso —afirman—, sólo deben trabajar por los problemas profesionales.

Ello nos parece un absurdo. Un absurdo, sobre todo, tratándose del estudiante español. Acaso en una situación ideal fuera innecesaria, perjudicial inclusive, para el mismo estudiante, su preocupación continua por la política de su país.

Es imposible que la clase escolar, la juventud española, vuelva la espalda a problemas que tanto y tan directamente le atañen. El estudiante no tiene sólo obligaciones para con la Universidad. Se halla íntimamente ligado a su país y, por consiguiente, sometido a idénticos perjuicios y beneficios que los demás ciudadanos. Como todos los elementos y Corporaciones que constituyen la nación, el estudiante percibe las mismas inquietudes. Siente los mismos anhelos de libertad y justicia. En ello va empeñada la dignidad del estudiante.

Para reforzar nuestro natural impulso, tenemos el ejemplo de los estudiantes rusos, que no se redujeron a laborar en los problemas profesionales únicamente, sino que trabajaron por el cambio de régimen de su patria, hasta el punto de ser ellos, los estudiantes, quienes más activamente fomentaron la revolución. También miramos, como ejemplo alentador, a los estudiantes americanos, que tantas veces se

han echado a la calle para luchar, a la par que los obreros, contra las tiranías.

En España, hasta hace muy poco tiempo, no se había manifestado en la clase escolar la sensibilidad necesaria para actuar en este nuevo sentido. Hay que observar, para justificar aquella indiferencia, que la educación que recibe el español, así en la escuela como en la familia, no ha sido nunca la más propicia para despertar en el individuo sensibilidad política. Todos nos hemos visto rodeados de una suerte de escepticismo, de una indiferencia mortal. Padres y maestros han eludido siempre esas cuestiones tan importantes, como si la vida del individuo no hubiera de enlazarse más tarde con las demás, en el conjunto complejo de la nación. Ajeno, por educación, a los problemas políticos, hace su ingreso el joven en la Universidad. Tienen ante sí su porvenir, y concretar éste, solventarlo, sólo con una mira estrecha y utilitaria, constituye el móvil que le obliga a hacer un simulacro de trabajo. ¿Qué le ocurrirá cuando, al cabo de los años prescritos, concluya su carrera? A él, precisamente, nada. Pero imaginemos lo que sería una nación compuesta por hombres de tal estrechez de horizontes, hombres para los cuales su país, su región, los comunes intereses locales no consiguieran ocupar, al lado de sus más personales conveniencias, un lugar, por pequeño que fuese.

Afortunadamente, en los estudiantes españoles parece despertar aquella sensibilidad a que nos referimos. Ello, sin duda, porque ha llegado a saber el estudiante que no constituye por sí mismo un elemento independiente, que su situación como tal estudiante es transitoria. El estudiante no puede descargarse de aquella responsabilidad. Como a todos, le cabe su labor. El estudio debiera ser, quizá, su única y exclusiva tarea. A ella debiera atender con inusitado entusiasmo. Pero debe repartir aquella actividad entre lo que constituye su profesión, "su porvenir", y lo que constituye el porvenir de España.

Este número
ha sido censurado

Nos es imposible publi-
car el acostumbrado edi-
torial de esta plana

LA OBRA POR HACER⁽¹⁾

II

En el artículo anterior señalábamos el hecho de que ni nuestra ideología ni nuestras instituciones sociales están a la altura de los medios de acción de que disponemos. Es decir, que somos como niños poseedores de maravillosos juguetes, de los que no saben servirse, o se sirven mal. La consecuencia es, además de esa inquietud enfermiza, patrimonio hoy día de todos los hombres civilizados, y de la exacerbación de los instintos destructores, la ausencia completa de emoción por los grandes motivos lejanos que apenas si nos traen en momentos de exuberancia cordial. Es de urgente necesidad fijarnos una meta, cobrar fe en la grandeza humana y aspirar a un más allá que sea una superación de todo lo existente. Poseemos los medios materiales suficientes para intentar algo como aún no lo ha imaginado el hombre más audaz. La empresa es tentadora, y si, seducidos por la pereza, no la acometemos, contraemos una humillante responsabilidad ante nuestros hijos y ante el futuro. Hay que reconocer que apenas si tenemos idea de cómo ha de realizarse la labor; sólo sabemos, de una manera cierta, que todo lo actual, para que no sea cáncer de lo venidero, debe transformarse o desaparecer. Pero *esto* no lograrán barrerlo de la faz de la tierra todas las revoluciones imaginables, mientras antes no esté destruido en la conciencia de los hombres; mientras éstos no lo sientan como una vergüenza dolorosa. Y paralela a esa labor de destrucción y saneamiento, debe marchar la tarea reconstructiva; a la vez que arrancamos de nuestras almas una creencia venerable, debemos poner en su lugar, a lo menos, la posibilidad de una cosa mejor. Para eso necesitamos de dos ciencias, que hoy apenas si están nacidas: la Psicología, que estudia los hechos de la conciencia individual, y la Sociología, que trata de las condiciones de existencia y desenvolvimiento de las sociedades humanas; es decir, de los hechos de la conciencia colectiva. Psicología y Sociología son, pues, las ciencias de la época que se inicia, y hemos de crearlas. Ellas solas pueden conducirnos al conocimiento de nosotros mismos y de nuestros semejantes, a saber cómo funciona el espíritu de los individuos, como entidades aisladas, y cómo reacciona bajo las influencias de las comunidades y de los instintos de rebaño, y qué motivaciones le impulsan a las diversas manifestaciones de la vida colectiva; ellas serán las antorchas que nos iluminarán en el sondeo de los vírgenes abismos de las almas, tanto individuales como sociales. La divisa del filósofo griego "Conócete a ti mismo" es hoy, además de una sentencia, mandato inexorable del destino, que le añade dos palabras más: "Conócete a ti mismo, o perecerás". Porque si bien el peligro de que

la especie humana desaparezca por entero en breve plazo es quimérico, no lo es el de que quede extraordinariamente reducida, y, sobre todo, el de que sufra un considerable retroceso en su evolución mental y moral, ya que, a las más nobles energías del espíritu, sabe el instinto destructor, con perversa sagacidad, someterlas a su influencia y utilizarlas para sus criminales fines. Hemos visto cómo a los más bellos y audaces inventos les ha encontrado una aplicación nefasta; al vuelo, que debía ser orgullo y gloria de los hombres, constituye para muchos motivo de vergüenza, desde que lo ha convertido en la principal arma de combate, arma alevosa y traidora que destruye en pocas horas, de impune bombardeo, poblaciones indefensas. Las más ingeniosas pesquisas de la química son envilecidas al servicio del crimen, y toda la inteligencia y la audacia de los ingenieros, esclavizadas para construir monstruosos acorazados o cañones de tiro rapidísimo. La ciencia, pues, lejos de atenuar el ansia destructora de la guerra, le ofrece armas de eficacia infernal. Los mismos cerebros que descubren las ondas Hertzianas construyen la bomba explosiva y el fusil e inventan los gases asfixiantes. Parece como si se alojara dentro de nosotros, más allá de todas las bambalinas románticas, un espíritu malo, que torna en arma destructora los más hermosos frutos de la inteligencia. Y no se culpe de ello a los inventos, ni a la ciencia; eso es lamentable ceguera; la ciencia, más que un conjunto de hechos conocidos, es un método, una organización para adquirir conocimientos. Sólo tiene un fin: conocer, y es en absoluto indiferente al bien o al mal. Que sea para la humanidad el máximo bien o la más nefasta maldición, sólo depende del espíritu que la guíe, del uso que hagamos de sus enseñanzas. E insistir sobre la necesidad de que vengan sobre la tierra generaciones de alma sana y trabajar porque eso tenga lugar en su día, es nuestro deber ineludible, pues es *conditio sine qua non* de la existencia futura de la especie. Mientras una gran mayoría humana no esté saturada del convencimiento de que hoy día es el hombre un ser moralmente perverso; de que eso hay que remediarlo y de que puede remediarse, no empezarán las sociedades a vivir dignamente. Pero es preciso llegar a ese convencimiento. Para eso debemos colocarnos ante las instituciones sociales, las ideas y los sentimientos que forman parte de nuestra vida, y son los inspiradores y los móviles de nuestra conducta, con el mismo estado de espíritu que anima a un astrónomo al comenzar el estudio de una estrella recién descubierta; es decir, que hemos de considerarlos con una mirada objetiva, desapasionada, implacable, en cuanto es posible. Atendiendo a la circunstancia de que somos objetos y sujetos de esa experiencia. Debemos acelerar, cuanto nos sea dado, el advenimiento de ese estado de espíritu netamente revolucionario, que ha de medir, según nuevos patrones, todas las cosas existentes. Será norma de esas valoraciones la exaltación de la grandeza humana y la firme convicción de que existe en la vida un anhelo que aspira a elevarse hasta la comprensión de todas las cosas, y de que es el cerebro humano, pese a todas sus imperfecciones y extravíos, el órgano mediante el cual ese conocimiento puede ser logrado. De esta manera será posible algún día la gran revolución liberadora, nueva aurora en la historia humana, hecho cuyo único parangón en los tiempos pasados es el descubrimiento del fuego, y que abrirá una era nueva, ante la cual las más osadas y optimistas fantasías de nuestro tiempo serán como el fulgor de una luciérnaga, comparado con el sol de un día estival.

OHAR-BEN-HAFSÚN.

Sevilla, enero 1926.

(1) EL ESTUDIANTE, al destacar una frase sobre los románticos, de quienes yo decía en mi primer artículo (véase núm. 6 de EL ESTUDIANTE) que fueron "en cierta manera cobardes", hace una espontánea y calurosa defensa de ellos, exaltando su temple heroico, cosa que a mí también me enervoriza. Mi afirmación, como se desprende del tono general del artículo, sólo tendía a señalar una modalidad de aquel gran movimiento, caracterizada por la fuga voluntaria de la inmediata realidad.

En busca de un ideal LA RELIGION DEL PORVENIR (1)

por JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

IV

Sorel ha visto en la Revolución social un Mito religioso, similar al de la segunda venida de Jesús.

Efectivamente: Habiendo sido el cristianismo primitivo una religión pía de lo que hoy llamaríamos el proletariado, no es de extrañar que sus aspiraciones íntimas coincidan, en lo esencial, con las del moderno Socialismo, que es, indudablemente, la religión del pueblo en nuestros días.

Los socialistas esperan hoy de la Revolución obrera, y de la consiguiente socialización del capital, algo muy parecido a lo que esperaban los primeros cristianos de la segunda venida del Cristo: la extinción de las clases sociales —capitalistas y asalariados— para formar la clase única de los trabajadores libres y hermanos; la supresión del odio y de la guerra entre los individuos y los pueblos; el triunfo eterno del Amor y la Paz universales.

Pero hay una diferencia fundamental entre las dos posturas religiosas de la conciencia proletaria. Los primeros cristianos lo esperaban todo de Dios, y apenas hacían otra cosa que preparar pacientemente el alma para el "maná" benéfico del cielo. Los socialistas revolucionarios, fieles a la consigna de Marx, lo esperaban todo de sí mismos.

No en balde sobre el moderno Socialismo pesa, junto al Mito de Jesús, muerto en la cruz por el Amor, el Mito de Prometeo, que no se limita a esperar pasivamente la lluvia del fuego celestial, sino que tiene el heroísmo sublime de arrebatarlo a los dioses.

La confianza en el propio esfuerzo de los socialistas revolucionarios, se nos revela con admirable claridad en el ejemplo vivo de la Revolución rusa. He aquí un pueblo maravilloso, el pueblo ruso revolucionario, que, por primera vez en la Historia, se lanza a una empresa colectiva de envergadura mitológica —la superación del Capitalismo, en busca de la Fraternidad Universal—, sin contar para nada con el apoyo de los poderes sobrenaturales.

No obstante: por paradójico que a primera vista parezca, Rusia —la Rusia revolucionaria—, aunque ella misma no lo sepa es, en este momento, para todo espectador imparcial y comprensivo, el pueblo más religioso de la Tierra.

No hay que confundir —¡amigo Maeztu!— la verdadera religiosidad con la creencia en Dios. Se puede creer en Dios, y hasta invocarle a todas horas para los más oscuros menesteres —como los personajes de la Celestina— sin sentir la más leve comezón religiosa. Y a la inversa: tenemos religiones —y no religiones caprichosas, de una conciencia dislocada, sino credos vivientes, amados del alma popular— que para nada se preocupan de la idea de Dios.

Nadie podrá negar que el Budhismo es una religión venerable, y una religión de muchedumbres. Pues bien: la religión budhista, al buscar —como todas las religiones buscan— la manera de salvar a los hombres de la injusticia y del dolor, no apela, en ningún momento, al auxilio

de los dioses, sino a la virtud immanente de la reflexión espiritual, como único freno eficaz contra las locuras del instinto.

El Socialismo se distingue radicalmente del Budhismo en que, lejos de perseguir, como panacea milagrosa, la extinción de todos los deseos, se afana por lograr —utópicamente acaso, pero con innegable heroicidad— la plenitud de todos los impulsos. El Socialismo, sin embargo, se parece al Budhismo en su diferencia ante los dioses, y se identifica con todas las religiones populares en su anhelo vivo de Justicia.

El anhelo vivo de la Justicia Universal: He aquí la esencia inextinguible de toda religión popular eficiente. Dios no es para el Pueblo —como ya tengo dicho— sino el instrumento omnipotente con que trata de alcanzar la plenitud de la Justicia. Cuando ese Instrumento hipotético se hace ineficaz, por ilusorio o por inasequible, queda automáticamente suprimido en la conciencia del pueblo, sin que por eso desaparezca el ansia religiosa de la muchedumbre atormentada. "Exista Dios o no, queremos que la Justicia se realice". He aquí la voz más profunda de la religiosidad popular.

Y esta voz inefable —la más pura nota de la sinfonía sideral— sólo suena hoy lípidamente, con eficacia redentora, entre los harapos lastimosos, y las locomotora desvencijadas, y las viejas casas derruidas de la Santa Rusia en martirio.

Todos los demás grandes pueblos —grandes en el sentido geográfico— se agitan exclusivamente, en el momento actual, por egoísmos nacionales. Alemania sueña con desquitarse. Francia quiere expandirse. Italia delira en plena fiebre de cesarismo. Inglaterra se esfuerza por conservar incólume su imperio. Los Estados Unidos reclaman a gritos su dinero, por encima de todo, como el usurero de "Los intereses creados". En medio de este repulsivo espectáculo de bajas pasiones encontradas, únicamente Rusia levanta a las estrellas la bandera de un Ideal humanitario, de un Ideal inquieto por la suerte de todos, propicio al negro como al blanco, más alto que todos los muros fronterizos, más amplio y más libre y más hermoso que todos los mares del planeta.

Cierto que Rusia está —como la ve Maeztu— pobre y sedienta y dolorida; pero más pobre y extenuado gime Cristo en la cruz, y esto no impide que Maeztu le adore como a un Dios, ni que nosotros le estimemos —en lo que tiene de abnegación ilimitada— como a uno de los símbolos más luminosos de la Historia.

"Esta pobre Rusia —nos dice Gorki en su admirable estudio sobre la figura mesiánica de Lenine—, esta pobre Rusia, secularmente torturada, parece haber sido elegida por el Destino para llevar a cabo, en nuestro siglo, la empresa mística de salvar a los hombres, aunque ello le cueste la vida".

¿No late en estas proféticas palabras del poeta ruso la más pura emoción religiosa? ¿No se ve en ellas que el Socialismo es, ante todo, una sublime religión humana?

* * *

LOS MEJORES ARTÍCULOS PARA DIBUJO

VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

(1) Véanse los números 4, 5 y 6 de EL ESTUDIANTE.

El Socialismo revolucionario —sin revolución no hay Socialismo digno de tal nombre, como advierte Barbusse—, el Comunismo idealista y romántico, capaz de empujar al sacrificio y a la muerte, no es, como algunos suponen una peculiaridad rusa: algo así como un "ballet" desenfundado, o como una invención calenturienta de la enfermiza imaginación de Dostoievski.

La Revolución socialista ha comenzado su proceso histórico salvando a Rusia —como afirma Wells— de la putrefacción del zarismo, y poniéndola en vías de alcanzar, como fruto de su idealidad, no la muerte abnegada de que nos hablaba Gorki, en tono elegíaco, bajo la sugestión de los primeros terrores, sino la gracia estimulante de una espléndida riqueza social, que ya germina a nuestros ojos... Jamás ha fallado en la vida de los pueblos aquella magnífica promesa del Místico genial: "Buscad el Reino de la Justicia, sobre todo, y obtendréis lo demás por añadidura".

Pero el Socialismo no es sólo un acierto político de Rusia. El heroísmo inagotable con que el pueblo ruso ha sabido derrocar, primero, la fortaleza del Zarismo; resistir, después, todos los zarpazos del Capitalismo enfurecido; lanzarse, en fin, seguro ya de no sufrir ataques extranjeros, a la tarea de la reconstrucción interior, sobre nuevos cimientos, con el entusiasmo vitalista de una gran fiesta dionisiaca; todo ese maravilloso aliento creador del pueblo ruso, en torno al cual gira la Historia en este instante, nos indica que el Socialismo es algo más que la política circunstancial de un pueblo aislado. El Socialismo se nos revela, a través del fenómeno ruso, como una de esas formidables Ideas que presiden los grandes ciclos de la Evolución Universal.

El principio fundamental del Socialismo, intuído por Platón entre las sombras de la Antigüedad, y fijado científicamente en nuestros días por Picard, en su tratado sobre "El Derecho Puro"; el principio esencial de la aspiración socialista, que podríamos formular así: "De cada uno, según su poder; a cada cual, según su anhelo"; este principio místico, que es, a la vez, la esencia de la más abstracta Justicia y de la más entrañable Fraternidad; este principio de pureza inefable que no ha sido realizado —¡naturalmente!— en Rusia, donde se empieza a desbrozar los primeros obstáculos; este principio de infinita virtualidad se nos revela con bastante fuerza, no sólo para implantar en nuestro tiempo la Paz entre los hombres, sino también para alcanzar, en un futuro remoto, como soñara el genio armonioso de Guyau, la Fraternidad interplanetaria de todas las humanidades capaces de pensar y sentir la idealidad de la Justicia...

* * *

Pero, ¿y España?... ¿Y nuestra pobre España?... Nos habíamos olvidado de su dolor mirando a las estrellas...

¿Será verdad que España quedará fuera del movimiento socialista —según la profecía de Eugenio D'Ors— como quedó al margen del Renacimiento, y de la Reforma, y de la Revolución francesa, y de todas las demás corrientes ideales de la Historia Moderna?

¿No habrá ya, por ventura, en el seno inmenso del Destino, ningún estímulo acuciante, ninguna idea redentora, ningún ángel simbólico que toque con la punta del ala, para curarle de su postración y transfundirle un hálito de gloria a este leproso de Betsaida, que es nuestro pueblo hace tres siglos?

La meditación de tan arduo problema pondrá fin a nuestras reflexiones sobre la Religión del porvenir.

Madrid, 1926.

(Concluirá.)

Tres poemas en prosa

Para Alfonso Reyes

EL AEROPLANO

Para que las nubes no lo desconozcan y lo dejen andar entre ellas, lo vistieron de pájaro. Para que pudiera volar en giros elegantes y atrevidos, le dieron forma de "caballito del diablo". Para que supiéramos que trabaja y que es inteligente, colocaron en el abdomen una máquina y en la cabeza una hélice, que zumba como abeja sin panal.

Manchado de azul y desgranando la rubia mazorca del día, va el aeroplano, sujeto a la mano del piloto y a la voluntad de Dios, dibujando el paisaje —magueyes, torres de iglesia, indios cargados como hormigas— en su cuaderno de notas, cuadriculado.

¡Ah, yo quisiera ser aviador, para romper el día con las alas del entusiasmo!

EL LORO

Vivía feliz en una selva verde. Eran suyos los árboles, la tierra y el arroyo de aguas transparentes donde metía el pico, corvo y ancho, para beber. Sus gritos casi humanos, corrían famosos entre sus compañeros de selva, y de tanto volar al sol tenía manchas doradas sobre el verde esmeralda de sus plumas.

Ignoraba las virtudes de su lengua negra hasta que lo trajeron a la ciudad y le cambiaron sus plataneros, de anchas hojas, por una estaca y el sol, por un pedacito de cielo azul. ¡Le enseñaron a hablar; se hizo hombre y se volvió triste...!

El único recuerdo de su infancia lo tenía cuando, feliz, tocaba la corneta que Dios le dio: Ta-ta-tarí... tararí.

LA ARAÑA EQUILIBRISTA

De rosal a rosal, en la pista de abril, tiende finos alambres, menuda equilibrista. Finos alambres para remendar la red de las neblinas matinales o los rieles de luz —tres mil años de viaje— de las estrellas remotas.

Las moscas, trapecistas, miran hipnotizadas el perfecto ejercicio de las arañas en el alambre, cuando el run-run constante de los contrabajos del abejorro señala los instantes de peligro.

La araña equilibrista subiría fácilmente la escala de Jacob o aquella construída con popotes por la viejecita que, barriendo, barriendo, se encontró la moneda del sol en la alcancía de su pobreza.

BERNARDO ORTIZ DE MONTELLANO.

ODA CONTENTA

Por ALFONSO REYES

¡Aleluya, la pata de gallo,
y el buen humor con melancolía!
En aguavinos de entretiem po,
yo me soy como sol de cabañuelas.

¡Aleluya, la hebra de plata
confusa en los ricillos de las sienes!
Y este trabajo de abrir cauce a las venas
—sangre nuestra de cada día.

Surtían chorros de silencio
hasta las vigas del alero,
y entre cada última rosa
latían las sensibles telarañas.

Contentamiento en el sabor del aire.
La mariposa conquista su ley.
Un dios, ya cuarentón, ríe de veras:
todo lo sabía su filosofía.

Suspenso y acendrado el tiempo,
iban sin ruido nuestras voluntades,
y caían a nuestras plantas
las horas cargadas de minutos.

¡Aleluya! La mano entró en la mano.
Sólo quemamos dos o tres palabras,
que yo ya suelo ser sencillo y sabio,
y tú fiel —como el agua confesada.

S O L I L O Q U I O S

Por Dionisio la Cruz

HACIA EL GRAN ARTE

El actual desdén por el gran arte puede obedecer a dos cosas: al predominio del espíritu pedestre acarreado por la invasión de una multitud vulgar, mercantil y mediocre en el terreno del arte, de una multitud presurosa, liviana y rastrera, que disfraza su impotencia y la inferioridad de sus instintos con ese guiñapo de desdén; y a la elaboración de un arte nuevo, al anhelo y el presentimiento de cosas nuevas, vagamente concebidas aún, pero ya sentidas y germinantes, que descontentan del pasado a los mejores espíritus, vigías y profetas del porvenir, exploradores heroicos, avanzadas abnegadas y oscuras del futuro, que dan su alma en difíciles tentativas, en abortos, en obras truncadas, en esfuerzos dolorosos hacia las abruptas proximidades que ellos columbran y cuya conquista preparan.

Y estos, ¿no son mártires del gran arte? Mueren por él. Como piedras oscuras, arrojan sus nombres en sus cimientos...

ESPÍRITU ESPAÑOL

El espíritu español es viril, masculino; hay en él un vigor y una entereza que dan carácter duro a todas sus obras. La inteligencia es intrincada y problemática, de una sutileza experimentada y enredadora; no es la finura italiana, no es la pedantería germánica, no es la claridad francesa. Su concepción es enérgica, de gran relieve; pero difícil, y, por decirlo así, adusta. Se revela en ella el carácter autoritario y despótico de la raza. Incluso el ingenio tiene la misma crispatura violenta y esforzada de una imposición: antes que un juego o un recreo es una lucha, una ostentación de superioridad, de poder, un alarde de laberíntica agilidad, de malabarismo prodigioso.

TIRANO BANDERAS

LIBRO TERCERO

MITOTE, REVOLUCIONARIO

Novela inédita, por D. RAMÓN DEL VALLE-INCLAN

I

—¡Mueran los gachupines!

—¡Mueran!...

El Circo Harris perfilaba el contorno oscuro de sus lonas sobre el cielo verde de luceros. Apretada multitud estacionábase frente a las puertas, bajo el guiño apache de los arcos voltaicos. La noche era tibia de rumorosa incerteza, en los ramajes del parque. Parejas de caballería estaban de cantón en las esquinas. Mezclados entre los grupos, huroneaban los espías del Tirano. Aplausos y vítores acogieron la aparición de los oradores: Venían en grupo, rodeados de estudiantes con banderas. Saludaban agitando los sombreros, pálidos, teatrales, heroicos. La marejada tumultuaria del gentío, bajo la porra legisladora de los gendarmes, abría calle ante las puertas del Circo. Las luces del interior daban a la cúpula de lona una diafanidad morena. Un grupo con banderas y bengalas, aplausos y amotinados clamores, gritaba frente al Casino Español:

—¡Viva Don Roque Cepeda!

—¡Vivaaa!...

—¡Viva el libertador del indio!

—¡Vivaaa!...

—¡Muera la tiranía!

—¡Mueraaa!...

—¡Mueran los gachupines!

—¡Mueran!...

II

Don Teles, rubicundo y glorioso, fumaba un largo veguero entre dos personajes de su prosapia: Mister Contum, aventurero yanqui, con negocios de minería, y un estanciero español, señalado por su mucha riqueza. —Don Iñigo Araco, hombre de cortas luces, alavés duro y fanático, con una supersticiosa devoción por el principio de autoridad que aterroriza y sobresalta. Don Iñigo Araco, ibérico y granítico, perpetuaba la tradición colonial del encomendero. Don Teles peroraba con vacua egolatría de ricacho, puesto el hito de su elocuencia en deslumbrar al mucamo que le servía el café. La calle se abullangaba. La pelazón de indios hacía rueda en torno de las farolas y retretes que anunciaban el mitin. Don Iñigo, con vinagre de inquisidor, sentenció lacónico:

—¡Vean no más, qué mojiganga!

Se arreboló de suficiencia Don Teles:

—El Gobierno del General Banderas, con la autorización de esta propaganda, atestigua su respeto por todas las opiniones políticas. ¡Es un acto que acrecienta su prestigio! El General Banderas no teme la discusión, autoriza el debate. Sus palabras, al conceder el permiso para el mitin de esta noche, merecen recordarse: En la ley encontrarán los ciudadanos el camino seguro para ejercitar pacíficamente sus derechos. ¡Convengamos que así sólo había un gran

gobernante! Yo creo que se harán históricas las palabras del Presidente.

Tornó el lacónico Don Iñigo Araco:

—Lo merecen.

Mister Contum consultó su reloj:

—Estar mucho interesante oír los discursos. Así mañana estar bien enterado mí. Nadie lo contar mí. Oírlo de las orejas.

Sentenció Don Teles:

—No vale la pena de soportar el sofoco de esa atmósfera viciada.

—Mí interesarse por oír a Don Roque Cepeda.

Don Iñigo acentuaba su mueca biliosa:

—¡Un loco! ¡Un insensato! Parece mentira que hombre de su situación financiera se junte con rotos de la revolución, gente sin garantías.

Insinuó Don Teles con irónica suficiencia:

—Roque Cepeda es un idealista.

—Pues que lo encierren.

—Al contrario. Dejarle libre la propaganda. Ya fracasará.

Don Iñigo movía la cabeza, recomido de suspicacias:

—Ustedes no controlan la inquietud que han llevado al indio del campo las predicaciones de esos perturbados. El indio es naturalmente ruin: Jamás agradece los beneficios del patrón, aparenta humildad y está afilando el cuchillo: Sólo anda derecho con el rebenque: Es más flojo, trabaja menos y se emborracha más que el negro antillano. Yo he tenido negros, y les garanto la superioridad del moreno sobre el indio de estas Repúblicas del Mar Pacífico.

Dictaminó Mister Contum, con humorismo fúnebre:

—Si el indio no ser tan flojo, no vivir mucho demasiado seguros los cueros blancos en este Paraíso de Punta Serpiente.

Asentía Don Teles:

—¡Indudable! Pero en ese postulado se contiene que el indio no es apto para las funciones políticas.

Don Iñigo se apasionaba:

—Flojo y alcoholizado, necesita el fustazo del blanco, que le haga trabajar, y servir a los fines de la sociedad.

Tornó el yanqui:

—Mister Araco, si puede estar una preocupación el peligro amarillo, ser en estas Repúblicas.

Don Teles infló la botarga patriótica, haciendo sonar todos los dijes de la gran cadena que la ceñía tendida de bolsillo a bolsillo:

—Estas Repúblicas, para no desviarse de la ruta civilizadora, volverán los ojos a la Madre Patria. Allí refulgen los históricos destinos de veinte Naciones.

Mister Contum alargó, con un gesto desdeñoso, su magro perfil de loro rubio:

—Si el criollaje perdura como dirigente, lo deberá a los barcos y a los cañones de Norte-América.

—¡Sin empañar la tradición española!

El yanqui entornaba un ojo, mirándose la curva de la nariz.

III

El director de El Criterio Latino, en un velador inmediato, sorbía el refresco de piña soda y kirs, que hizo famoso al cantinero del Metropol Room. Don Teles, redondo y pedante, abanicándose con el jipi, salió a los medios de la acera:

—¡Mi felicitación por el editorial! En todo conforme con su tesis.

El director-propietario de El Criterio Latino tenía una pluma hiperbólica, patrioter y ramplona, con fervientes devotos en la gachupía de empañistas y abarroteros. Don Nicolás Díaz del Rivero, personaje cauteloso y bronco, disfrazaba su falsía con el rudo acento del Ebro. En España habíase titulado carlista, hasta que estafó la caja del 7.º de Navarra. En Ultramar exaltaba la causa de la Monarquía Restaurada. Tenía dos grandes cruces, un título de conde, un banco sobre prendas, y ninguna de hombre honesto. Don Teles se acercó, confidencial, el jipi sobre la botarga, apartándose el veguero de la boca y tendiendo el brazo con ademán aparatoso:

—¿Y qué me dice de la representación de esta noche? ¿Leeremos la reseña mañana?

—Si no hay censura.

—Lo que permita el lápiz rojo.

—Pero, siéntese usted, Don Teles: Tengo destacados mis sabuesos y no dejaré de llegar alguno con noticias.

—¡Ojalá no tengamos que lamentar esta noche alguna grave alteración del orden! En estas propagandas revolucionarias, las pasiones se desbordan.

—Si ocurriese algún desbordamiento de la plebe, yo haría responsable a Don Roque Cepeda. ¿Ha visto usted ese loco lindo? No le vendría mal una temporada en Santa Mónica.

—Pudiera ser que ya le tuviesen armada la ratonera. ¿Qué impresiones ha sacado usted de su visita al General?

—Al General le inquieta la actitud del Cuerpo Diplomático. Tiene la preocupación de no salirse de la legalidad, y eso, a mi ver, justifica la autorización para el mitin.

—O acaso lo que usted indicó anteriormente. Una ratonera.

—¿Y no le parece que sería un golpe de maestro?

—Indudablemente. Pero acaso le detenga la preocupación que usted ha observado en el Presidente. Aquí tenemos al Vate Larrañaga. Acérquese, Vate.

El Vate Larrañaga era un joven flaco, lampino, macilento, guedeja romántica, chalina flotante, anillos en las manos enlutadas: Una expresión dulce y novicia, de alma apasionada. Se acercó con tímido saludo:

—Mero mero, inició los discursos el Licenciado Sánchez Ocaña.

Cortó el Director:

—¿Tiene usted las notas? Hágame el favor. Yo las veré y las mandaré a la imprenta. ¿Qué impresión en el público?

—En la masa, un gran efecto. Alguna protesta en la cazuela, pero se han impuesto los aplausos. El público es suyo.

Don Teles contemplaba las estrellas humeando el veguero:

—¿Real y verdaderamente es un orador elocuente el Licenciado Sánchez Ocaña? En lo poco que le tengo tratado, me ha parecido una medianía.

El Vate sonrió tímidamente, esquivando su opinión. Don Nicolás Díaz del Rivero pasaba el fulgor de sus quevedos sobre las cuartillas. El Vate Larrañaga, encogido y silencioso, esperaba. El Director levantó la cabeza:

—Le falta a usted intención política. Nosotros no podemos decir que el público premió con una ovación el discurso del Licenciado Sánchez Ocaña. Puede usted escribir: Los aplausos oficiosos de algunos amigos no lograron ocultar el fracaso de tan difusa pieza oratoria, que tuvo de todo, menos de ciceroniana. Es una redacción de elemental formulario. ¡Cada día es usted menos periodista!

El Vate Larrañaga sonrió tímidamente:

—¡Y tenía haberme excedido en la censura!

El Director repasaba las cuartillas:

—Tuvo lugar, es un galicismo.

Rectificó complaciente el Vate:

—Tuvo verificativo.

—No lo admite la Academia.

Traía el viento un apagado oleaje de clamores y aplausos. Lamentó Don Teles con hueca sonoridad:

—La plebe en todas partes se alucina con metáforas.

El Director-Propietario miró con gesto de reproche al sumiso noticiero:

—¿Pero esos aplausos? ¿Sabe usted quien está en el uso de la palabra?

—Posiblemente Don Roque Cepeda.

—¿Y usted, qué hace aquí? Vuélvase y ayude al compañero. Vatecito, oiga. Una idea que, si acertase a desenvolverla, le supondría un éxito periodístico. Haga la reseña como si se tratase de una función de circo, con loros amaestrados. Acentúe la soflama. Comience con la más cumplida felicitación a la Empresa de los Hermanos Harris.

Se infló Don Teles:

—¡Ya apareció el periodista de raza!

El Director declinó el elogio con arcano fruncimiento de cejas y labio. Continuó dirigiéndose al macilento Vatecito:

—¿Quién tiene de compañero?

—Fray Mocho.

—¡Que no se tome de bebida ese ganado!

El Vate Larrañaga se encogió, inhibiéndose con su apagada sonrisa:

—Hasta luego.

Tornaba el vuelo de los aplausos.

IV

La cúpula, de lona morena y diáfana, sobresalía entre los cocoteros del Parque. Frente a la puerta, ancha y luminosa, dos hileras de gendarmes con cascos y carrilleras, desenvolvían dos carretes de luces metálicas. Los lacios bigotes, las mandíbulas cuadradas de perros de presa, ostentaban la fiera de carátulas chinas. Sobre el resplandor de las aceras, gritos de vendedores ambulantes: Zig-zag de nubios limpiabotas: Bandejas tintineantes, que portan en alto los mozos de los bares americanos: Vistosa ondulación de niñas mulatas, con la vieja de rebecillo al flanco. Formas, sombras, luces se multiplicaban trezándose, promoviendo la caliginosa y alucinante vibración oriental que resumen el opio y la marihuana.

DOS POEMAS

E S F I N G E

¿Por qué no me dijiste
el secreto,
luciérnaga,
cuando coincidimos
en la ruta fatal?
¿Por qué callaste tú,
camino;
y tú, estrella;
y tú,
nube;
y tú,
mar;
cuando mi alma sedienta
alzóse
en una angustiosa interrogación?

L A M P A R A

Yo labré con mis manos
aquel tosco diamante,
sin desmayar
ante la ruda tarea.
La tenaz resistencia
que forjaron los siglos,
fué cediendo ante el noble
impulso de mis manos.
Una faceta
y otra...
¿Fué más duro mi esfuerzo
que el esfuerzo gigante
que la piedra me opuso!
Fué tan duro,
que un día,
al alzar, frente al Sol
la piedra entre mis manos,
un milagro de Luz
brotó de sus facetas,
y la llama inmortal
quedó por siempre
ardiendo entre mis manos.

RAMÓN PRIETO Y ROMERO.

LECTURAS

José Ortega y Gasset

La gente queda contenta, satisface sus más vivos enconos, merced al "espíritu analítico". Ante un poema, la página de una novela, un ensayo, el individuo de espíritu analítico se comportará siempre de idéntica manera: someterá aquellas obras a un examen que no llegará a ser nunca valioso, ni en el detalle. ¡Qué gusto, para esa pobre gente, creer encontrar los gazapitos, intersticios dejados en la obra cuando ésta se formó virilmente, con hondo impulso, y no con alicorto y femenino bizantinismo! ¡Qué gusto creer demoler, parapetados en su mezquindad, apabullados, éste o aquél trabajo, gustando la crítica de esta palabrita, de aquella imagen, o de este otro concepto, que ellos, los analíticos, paletos, descubren en la obra como un terrible delito! No es más que estupidez, ya lo sabemos. Pero se dice espíritu analítico, el cual se halla sustentado, de una parte, por ceguera y cerrazón perfectas, muy respetables, y de otra, por un mal fondo de impotencia y envidia, no ya tan respetable como la imbecilidad.

Aun mirando las cosas libremente, no sólo con lealtad, sino con noble curiosidad e interés, no es el detalle quien nos revelará, al cabo, lo que sea la obra o la persona. No dejo de observar que hay detalles explicativos, por decirlo así; pero muchas veces, los que nos parecen más reveladores son, precisamente, de insignificante importancia para el conocimiento de una persona o de una obra. Cuando he presenciado o leído aquellos "análisis"—espectáculo deprimente, lleno de miseria moral e intelectual—, me ha parecido oír juzgar una obra arquitectónica—un palacio rotundo, por ejemplo—, por un detalle, nimio desde la lejanía prudente y exigida. El analítico, incapaz de ver el conjunto, se aproxima como miope, a una ménsula, y con un gesto cómico de ratón nos señala la supuesta deficiencia de una moldura. En ella se ensaña, inmediatamente, y en ella derrama su despecho y resentimiento.

Algunos paseos por bibliotecas, algunas conversaciones y alguna que otra frase, en este o en el otro artículo, soslayada, nos han llegado a convencer de que la fauna del analítico es más numerosa de lo conveniente. Es fácil observar, sin embargo, que lo más duro, la verdadera dificultad está, cuando se trata de penetrar una obra, no en el análisis, sino en lograr la mirada general de conjunto. Precisamente es aquél, cuando puede denominarse así, análisis, como un procedimiento para arribar a la visión total, última, de las cosas. Lo demás, aun con buena fe, es darnos una parte por el todo. Ello, desde luego, dejando a un lado la delectación del ratón, a que nos referíamos, la cual no es más que tontería, compuesta de lamentables sentimientos. Allí donde falla la inteligencia, falla también, por regla general, la moral.

* * *

Lo más admirable de don José Ortega y Gasset radica, precisamente, en su capacidad de abarcar, con sólo una ojeada, problemas de complejidad extrema. Hay en el estilo de Ortega y Gasset una propensión continua a lo rotundo, estilo que fluye espontáneamente de la misma calidad de su pensamiento, rotundo también, en el cual se dan como logradas cuantas cosas son para el pensador con claridad y acierto. Y en verdad que mientras los demás barrenan esta o aquella porción, entretenidos en una zona, Ortega plantea en toda su integridad problemas generales, incluso en política. Hay que ver cómo la mayoría escapa por la tangente, creyéndose ingenuamente revolucionaria, en tanto que aquel hombre, sin desviarse, acomete el problema de España desde un punto de vista nuevo —el más doloroso—. Motéjasele por ello de pesimista, como si esto, por otra parte, fuera un delito, y, sin embargo, viene a ser Ortega quien ha mirado con más franca alegría el porvenir de España, sin caer nunca en ese ciego e inconsciente optimismo que ve las cosas, sin verlas, prontas a cambiar en un momento, mediante un simplísimo resorte.

Nada puede extrañarnos las enérgicas afirmaciones de Ortega y Gasset, en uno u otro extremo, si tenemos en cuenta la pasión que anima su obra: la verdad. Así lo reconoció Unamuno. En todo lo que Ortega habla o escribe, se observa siempre un anhelo inmenso, pujante, de verdad, que le coloca frente a la vida señero, libre de prejuicios. Por esta natural y seria postura puede moverse sin sectarismos, sin obstáculos, sin sometimientos, es decir, con absoluta flexibilidad y soltura, hábilmente. Se le ofrecería incómodo el pergeño ya hecho cánón, escuela o sistema, de algunos de sus contemporáneos. Aquel anhelo de verdad le lleva, voluntaria o involuntariamente, a no reparar en esto ni aquello, por sagrado que se le tenga. Hace justicia. Y la justicia llevada así, con rigor de espíritu, sin debilidades ni concesiones, es peligrosa —circunstancialmente nada más— para quien la ejecuta. “Sin valor —decía Gracián—, es estéril la sabiduría”. A la larga, cada cosa cobrará su verdadero nivel, y Dios sobre nosotros.

La palabra de Ortega, por aquella su natural tendencia a ser fiel a sí misma, clara y precisa, cobra, en ocasiones, entonaciones extrañas. Hay momento en que deshace lentamente, con admirable seguridad, algo que se ofrecía a los demás como absoluto e irreductible. Y esto, el hecho de intentar deshacer un eterno, es de por sí una ofensa, la más grande, a mi juicio, que puede perpetrarse en el espíritu de la mayoría letrada. Así se comprenderá el espléndido homenaje de sorda hostilidad que rodea a Ortega. Ese viento persistente, combativo, que se le allega desde lo más ínfimo de nuestra España, es una afirmación, un tanto enojosa, pero una afirmación, a la postre. En último término, ello es el resentimiento, de que hablaba Nietzsche, y que Ortega comentó ya hace años. Como, por otra parte, aquel hombre no ha ingresado en ninguna secta, ni en ciencia, ni en arte, ni en política, puede permitirse lo que la mayoría califica de sacrilegio;

y así viene a ofender en más de una ocasión, las íntimas convicciones —o conveniencias— en política, en ciencia o en arte, de ciertos hombres.

* * *

“Ninguna cosa que no sea confeccionada con el padecer —decía Quevedo— tiene estimación”. Ignoramos de un hombre el hecho de que saca, a veces, su propio pensamiento. Hay filosofías que son a manera de poemas. Sobre la vida misma se eleva el pensamiento, el cual, con su silueta razonada, erguida e independiente, no dejó de enlazarse en un principio con la realidad del individuo, hasta el punto de confundirse con ella. En el fondo de toda filosofía creemos distinguir un temperamento pasional o sereno, fluyendo hondamente —inevitable—, no obstante la rigidez aparente del sistema. De varias maneras nos acercamos a las cosas, requiriendo la esencia de éstas; pero el punto de partida se nos antoja el mismo en todos los hombres. No queremos esbozar “la manera”, a nuestro juicio, de Ortega y Gasset, pues tememos caer en una explicación torpe. Ni vitalismo ni racionalismo, le oímos en cierta ocasión; y así presenta su pensamiento puro e independiente, el cual escasamente renuncia a su vital origen. Mas no tergiveremos las cosas, ya que nos hemos propuesto no aventurar explicación alguna en este asunto. Aquel origen no le quita al pensamiento rigor, virtud independiente: tamizado, ofrece su línea sin sometimientos.

A medida que el tiempo corre, Ortega y Gasset cobra una mayor amplitud en sus ideas, gana. Obsérvese el primer tomo de *El Espectador*, de un sabor de intimidad poético, y compárese con sus últimas producciones, *La deshumanización del arte*, por ejemplo. Acaso para nuestra naturaleza sea aquella su primera tendencia más propicia a nuestra satisfacción, por su tono comunicativo; pero es lo cierto que últimamente, ganando en amplitud, como aspirando a más ancho mundo, la obra de Ortega ha cobrado plenitud máxima.

De contar con más espacio, sería ésta una ocasión oportunísima para agregar a las anteriores afirmaciones un largo comentario. Me lo impide, por una parte, el escaso lugar con que cuento, ya lo he dicho, y por otra, la convicción de que casi todo lo precedente no tiene cariz de novedad, para nadie. Glosar lo afirmado, cuando al otro lado de esta página se halla la obra de don José Ortega y Gasset, sería ocioso e inconveniente.

Sobre la hermosa fluidez de su estilo, deslumbrante en imágenes, no hemos aventurado nada. Acaso deteniéndonos en este punto conseguiríamos aprisionar el conjunto sensual y severo, sobrio y fastuoso a la vez, del espíritu de Ortega, hombre castellano, que así ha logrado desde la meseta, sobre lo que es en él firmeza y austeridad de raza, la continuidad suave y voluptuosa del Mediodía.

E. S. Y CH.

CASA ESPECIAL EN ARTICULOS PARA REGALO
VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

MUERTE REPENTINA

por

RICARDO BAROJA

Suenan ayes, chillidos y una voz desentonada. Dos mujeres jóvenes, con la cara roja, bañada en llanto, seguidas por un hombre bajito, rechoncho, de blusa azul, entran precipitadamente en la sala de máquinas, tropezando con ellas; se arrodillan junto al muerto. El hombre se incorpora, mira a todos con expresión de odio y grita con voz de falsete:

—¡Ahí está, ahí está Pedro, mi cuñado!

Luego, dirigiéndose al muerto, añade:

—¿Ves? ¡Ya te decía yo que te había de ocurrir eso!

Se mesa los cortos pelos grises, que dan a su cráneo algo como una aureola clara. Con los dedos regordetes trata de arrancarse los cabellos, y, como no puede conseguirlo, se pellizca las mejillas y la piel arrugada del cuello.

—¿Cuál es la cazadora de mi cuñado? —pregunta.

El contraamaestre señala una chaqueta colgada de un clavo.

El hombre rechoncho la descuelga y registra los bolsillos.

—¡Pobre tío! ¡Pobre tía Francisca! —gimen las dos mujeres.

Al verlas, el cuñado del muerto siente un nuevo ataque de desesperación y trata de arrancarse algún pelo más largo de encima de las sienes. Mira después de los repelones sus dedos, y, como no ve pelo entre ellos, se tranquiliza, requiere la cartera y hojea los papeles. No ve bien en la sala de máquinas porque han apagado todas las luces eléctricas, menos la bombilla que cuelga encima de la cabeza del muerto, y sale al patio de la fábrica.

Allí se ha formado un grupo numeroso: criadas, vecinas, maquinistas y aprendices. Pasada la primera impresión de pánico, vocean las criadas con su acento agudo de paletas, acostumbradas a gritar en el campo, y los obreros, echándose las de castizos, responden con deje desdeñoso.

Un guardia de Orden público llega en esto. Viene agobiado por el terrible calor del mediodía. El uniforme, con vivos rojos, tiene la temperatura y el color de un tejado de cinc, expuesto al sol canicular. El guardia se quita el salacot y con el pañuelo azul se enjuga la frente cetrina. Se dirige a una muchacha y la interroga, mientras mira a un papel que lleva en la mano.

—¿Cómo se llamaba el difunto?

—Yo no sé —responde asustada la muchacha.

—¿Cómo que no lo sabe?

—No, señor; yo soy de la vecindad.

—¿Cuántos años tenía? —pregunta el guardia a un aprendiz.

—Pues mire usted, guardia: yo, como saberlo, no lo sé; pero ahí tiene usted a ese señor, que creo que es de la familia del cadáver —responde el aprendiz, y señala al cuñado del muerto, que está registrando la cartera.

El guardia se acerca al hombre.

—¿Cómo se llama el muerto?

El cuñado, embebido en su registro, no contesta.

El guardia comienza a impacientarse.

—¿Es la cartera del difunto? —pregunta y pretende coger la cartera.

El cuñado levanta la cabeza; al encontrarse con el guardia pega un respingo.

—¡Es de mi cuñado! —chilla, oprimiendo la cartera contra el pecho.

—¿De dónde la ha cogido?

—¿Que es de mi cuñado el difunto!

—¿La ha tomado usted de encima del cadáver?

—¿Eh?

—¿Que si la ha cogido de encima del muerto?

—No, guardia; estaba en la cazadora de nuestro pobre compañero —interviene diciendo el contraamaestre.

—¿Pero este hombre es sordo o qué le pasa?

—Sí; es sordo y está medio lelo con la desgracia.

El guardia, a pesar de la sordera, se empeña en interrogarle.

—¿Cuál es el segundo apellido del muerto?

—¿Eh?

—¿El segundo apellido? —berrea el guardia al oído del sordo.

Este abre los ojos con expresión de asombro; parece que le acaban de hacer una pregunta extravagante. Después cambia de gesto y responde tranquilamente:

—¿El segundo apellido de mi cuñado?

—¡Sí! —ruge el guardia.

—Pues... no lo sé.

—Vea usted si en la cartera hay algo que lo diga.

El sordo revuelve los papeles y saca la cartilla de la Casa del Pueblo y se la enseña al guardia.

El del Orden público no sabe leer lo manuscrito y le tienen que decir el apellido.

—¡Maldita sea la...! ¿Tampoco sabrá usted de dónde era?

—¡Pero, hombre —dice uno—, si se lo han dicho al médico de la Casa de Socorro!

—Pues en el parte no lo dice —gruñe el guardia, y saca el papel que lleva doblado entre los botones del uniforme, lo desdobra y lo exhibe con aire de triunfo.

—Pues ahí lo dice bien claro —afirma un aprendiz, alto y desgarbado, mirando el papel por encima del hombro del guardia—. Natural de Madrid, provincia de ídem —y luego el aprendiz se va dando zancadas y murmurando—. A este guardia le estorba lo negro para la lectura.

—Yo no lo veo tan claro —rezonga el guardia, y para consolarse empieza a preguntar cuántos años tenía el muerto.

—¡Si lo dice ahí también! —afirma el contraamaestre, mirando el parte—. Cuarenta y ocho años.

El guardia, para no mostrar su conformidad con aquel documento, escribe en el dorso del papel, con guarismos de a pulgada:

—Cuarenta y nueve años.

Se cala el salacot, después de rebañar su interior con el pañuelo, y penetra en la sala de máquinas. Señala al muerto y con voz iracunda ordena que nadie le toque hasta que llegue el juez. Da media vuelta y se va maldiciendo de su cochina suerte, y asegurando que más quisiera ser verduo que guardia de Orden público.

Los obreros han bajado al patio a lavarse. Es la hora

de irse a comer. Se agrupan alrededor de la fuente, llevando cada uno un pedazo de jabón moreno y un estropajo.

Mientras frían sus manos, llenas de espuma, discuten.

Alguien dice que la muerte repentina es la peor de las maneras de morir; la familia queda desconsolada y, aunque sean que es una tontería, él desea morir rodeado de sus hijos y de sus parientes; ver que le lloran y tener tiempo para despedirse de ellos para emprender el último viaje.

—Yo me chincho en la familia —exclama un muchacho moreno, flaco, y arroja con ira el estropajo lleno de espuma al suelo—. Yo me chincho en la familia, en la pena que siente y en todas estas cosas. Si algo envidia, es la manera con que el Pedro se ha despedido de nosotros. Yo estaba a su lado cuando le dió el arrechucho; apenas noté que le temblaba la lima en la mano, luego se agachó como para recoger algo, y, cuando me di cuenta, ya estaba en el otro barrio. Eso es hacer las cosas bien y no dar la lata a todo el mundo y arruinarse comprando potingues que no sirven para nada y pagando a médicos que no saben una palabra.

—Yo creo —dijo uno— que si en España se hiciera lo que se hace en América del Norte, sería lo mejor. Vamos, más humanitario.

—¿Qué es lo que se hace en América?

—Pues allá, la familia y el médico tienen derecho a matar al enfermo si éste lo pide. Ahora, claro, que allá están más adelantados que en España.

—Eso es de pueblos salvajes —sentencia un viejo.

Los vecinos y los curiosos que se han colado hasta el patio, esperan la llegada del Juzgado. No quieren perder ningún detalle del espectáculo que les ha deparado la suerte. No todos los días ocurre una muerte repentina, y no es cosa de abandonar el lugar del suceso para que luego, aquél que ha tenido más paciencia, vaya a contar los detalles que uno no pudo presenciar.

Motivos de conversación para pasar el rato no faltaban.

—En esta misma fábrica ya ha ocurrido hace años otra desgracia como la de ahora —dice una vieja vecina.

—¿Pues?

—Estaban revocando la fachada; habían puesto los andamios y los albañiles picaban la pared, cuando a uno le dió un ataque.

—¿Y se cayó del andamio?

—No; le pudieron coger y llevárselo a la Casa de Socorro.

—Sería un parálisis, como el que le ha dado al ajustador.

—El ajustador no ha tenido un parálisis.

—¿Cómo que no?

—Como que no.

A LOS COLABORADORES ESPONTANEOS
Desde nuestra aparición estamos recibiendo trabajos que nos envían nuestros lectores espontáneamente. Agradecemos esta distinción, advirtiéndoles que muchos de los recibidos serán rechazados, no por lo que pudiéramos denominar endeblez —nos llegan artículos y comentarios de verdadero mérito—, sino por no ajustarse, en espíritu, al tono general de EL ESTUDIANTE. Advertimos, además, que sobre esta colaboración espontánea no podemos mantener correspondencia alguna.

—¿Pues, qué ha sido?

—Pues tenía una hernia.

—¿Vamos, hombre! Usted está poco enterado. Mi abuelo se murió de eso y duró días y días.

—Para mí, que éste era cardíaco.

—Eso que usted dice.

—¿Se las da usted de facultativo?

—Yo no me las doy de nada.

—Creía...

—Pues no crea usted nada.

—Está feo el decirlo en este momento; pero, la verdad es que el difunto era un borrachuzo y se tomaba cada púlpito que Dios tiritaba.

—¡Bah! Sería tan bebedor como cualquier otro; más, no.

—A mí lo que me choca es que estuviera casado con una vieja. Lo menos que le llevaba eran veinte años.

—No tantos; si acaso, quince.

—Pues había mucha desproporción en ese matrimonio, ¿eh! No podían vivir bien avenidos.

—No sé por qué.

—Porque no. Un hombre no puede querer como mujer a la que puede ser su madre.

—En cambio, querrá usted decir que puede querer a la que puede ser su hija.

—¡Claro!

—Ustedes, los hombres, como son unos sinvergüenzas, creen que está bien que un viejo se case con una joven.

—¡A ver, que vida!

—Y, en cambio, les parece mal que una mujer tenga marido más joven que ella.

—¡Naturaca!

—¡Pues es la ley del embudo!

—Ya se sabe. El hombre debe casarse con una mujer que tenga la mitad de años que él, más siete.

—¡Ah! ¿De modo que si yo me casara ahora, que tengo cuarenta, tenía que cargar con un hombre de ochenta y siete? ¡Pues que cargue Rita con el vegetario!

—Si no es eso. Usted no entiende el sentido. El hombre que se casara con usted, tenía que tener sesenta y seis años, no ochenta y siete. Hay que saber hacer la cuenta.

—¿Pues sabe usted lo que le digo? Que ni ochenta y siete ni sesenta y seis; cuarenta y cinco tiene mi Telesforo y nos va tan ricamente.

(Continuará.)

EL PALACIO DE LA ESTILOGRÁFICA VIUDA DE NAVARRO.—PRECIADOS, 5.

EL ESTUDIANTE espera de cada uno de sus lectores una intensa labor de propaganda, ya que sólo de esta forma podrán contribuir a hacer cada vez más grandes los horizontes de nuestra Revista. A medida que vaya aumentando, con semejante labor de propaganda, el número de sus suscriptores, EL ESTUDIANTE aumentará asimismo en sus medios y conseguirá, al cabo, ser en España el semanario de la conciencia nacional.

Este número ha sido

visado por la censura

La carrera de Comercio

(Por Prudencio Sayagués, representante de EL ESTUDIANTE en la Escuela de Comercio de Madrid.)

III

Quería inculcarse en el ánimo de todos, que no tardaría el tiempo, hoy ya comienza a considerarse así, de que la enseñanza comercial habría de responder a las necesidades de todas las posiciones sociales, y de que no sólo el dependiente en el comercio y en la industria, el comerciante, el fabricante, el banquero, el cónsul, el agente de cambio, el personal activo del comercio interior y exterior en suma, debían reclamarla con preferencia a ninguna otra, sino que la ciencia del orden y de los conocimientos económicos necesarios para regular en general el cambio de la riqueza que nos facilita el cumplimiento de nuestros restantes fines en la vida, es precisamente por ello enseñanza de mayor aplicación, llamada a ejercer un influjo más poderoso que el que entonces tenía, y aun en el pequeño criterio de otros se la sigue considerando.

Si no fueran bastantes aquellas razones, varias más podrían aducirse, bastando tan sólo el espectáculo de lo que en Inglaterra ocurría; aquel país, donde la tradición mercantil se ha perpetuado de familia en familia, donde el Estado procuraba colocar la actitud comercial entre las más altas virtudes sociales, sufriendo un rudo golpe ante la concurrencia germana y yanqui, en primer término, de Austria, Italia y Bélgica también, países donde la enseñanza comercial se ha desarrollado pujante en aquellos tiempos. Inglaterra, convencida de que no bastaba sólo la práctica en los escritorios y colonias, se apresuraba a dar estado oficial a aquella necesidad que se sentía, y creaba las Escuelas de Comercio en todas las grandes ciudades mercantiles, desde que el Congreso de Educación, celebrado en Londres en el año 1884, hizo notar, con alarma, que los escritorios de los grandes comerciantes de la City se encontraban ocupados por extranjeros, que poseían mayores conocimientos técnicos, en manifestación ventajosa, pues, sobre los nacionales.

Antiguamente, el comercio, en los siglos pasados, pudo ser hijo de la aptitud y condiciones de determinadas razas, como la judía, o de determinados pueblos, como Génova y Venecia, y enriquecerse por procedimientos rutinarios y tortuosos; pero ya en los tiempos modernos, ante las aplicaciones de la ciencia, que epenetran en el último rincón del taller y del hogar, ante la incontrastable fuerza de la asociación creada por la suma de intereses individuales, la práctica del comercio tenía que basarse en una serie de conocimientos económicos, estadísticos, geográficos y lingüísticos, indispensables en esta vital ciencia.

Desechaban, pues, la tendencia exclusivista empírica en la educación comercial, elevando el nivel de su instrucción sobre una bastante completa base científica.

La enseñanza comercial en España quedaba dividida en elemental y superior, estableciendo Escuelas de Comercio para la primera de estas disciplinas en Alicante, Bilbao, Coruña, Málaga, Sevilla, Valladolid y Zaragoza, y Escuelas Superiores de Comercio en Barcelona y Madrid, donde se cursarían, por tanto, los dos grados de enseñanza.

Constituían el primer grado, Perito Mercantil, las asignaturas siguientes: *Aritmética, Cálculo mercantil, Caligrafía, Geografía económica, Contabilidad y prácticas mercantiles, Economía política, Legislación mercantil comparada, Siste-*

mas aduaneros, Contabilidad del Es, francés, inglés, alemán e italiano (obligatorios dos de los tres últimos citados).

La enseñanza superior, Profesor Mercantil, comprendía: *Historia del Comercio y de la Industria, Geografía y Estadística* (medios de comunicación, transporte, zonas de producción agrícola e industrial) e *Historia y reconocimiento de productos comerciales.*

El primer grado se cursaría en tres años, y el segundo, en un solo curso, siendo el orden de aplicación de los estudios en la forma que prefiriese el alumno, sujetándose a cierto orden de incompatibilidades.

En el orden material de vida de estas enseñanzas sujan indudable disminución, ya que el número de Escuelas de Comercio que se establecían era menor a las anteriormente creadas, quedando, por ejemplo, desamparadas poblaciones mercantiles tan importantes como Valencia y Santander, ya que Cádiz, desaparecida a la sazón, era creada con carácter elemental por Real decreto de 28 de octubre de 1887, en las mismas condiciones que las anteriores, pero sostenida por la Diputación Provincial, que a tales efectos consignaría en sus presupuestos la cantidad de 12.000 pesetas.

Respecto al régimen interior de las Escuelas y al plan de estudios, aun cuando reflejaba el buen deseo de su autor, padecía algunas importantes omisiones y errores; el Algebra, cuyo estudio era indispensable precediera al del Cálculo comercial, no se consignaba; el estudio de dos primeros cursos de idiomas, simultáneamente, era un indudable desacierto, por la dificultad que engendraba en sus alumnos el poder comprender con un mediano conocimiento ambos en tal forma estudiados, y algunos más podrían citarse.

La Asociación Nacional de profesores mercantiles, ya citada, encaminó sus esfuerzos a establecer las bases en que debían establecerse estudios, discutiéndose, al efecto, muy ampliamente, la moción que por iniciativa del docto catedrático y profesor mercantil, señor Pérez Requeijo, fué presentada a tal objeto en el Congreso Nacional de profesores mercantiles, celebrado en Madrid en 1891. En este Congreso se abarcaron temas varios, tanto de interés profesional como de interés nacional. Del plan de enseñanzas comerciales acordaron: proponer el establecimiento de un curso previo, preparatorio, de los conocimientos indispensables para poder abordar con fruto las enseñanzas mercantiles; que en el período elemental se ampliaran los estudios mercantiles, introduciendo las enseñanzas de *Física, Química e Historia Natural y elementos de Derecho civil y político-administrativo*; y en cuanto al grado profesional, que se desarrollase en dos cursos, comprendiendo en ellos, además de las asignaturas consignadas, las de *Derecho Internacional Mercantil público y privado.*

Se preocuparon de los derechos de los titulares mercantiles, en cuanto a su intervención en la administración pública, que estudiaremos separadamente.

Posteriormente Congresos de titulares se celebraron, y daremos cuenta de sus propósitos y acuerdos en el número próximo.

En éste que citamos fué objeto de especial atención el aspecto económico de la vida nacional, tomándose importantes acuerdos sobre la necesidad de la reforma del Código de Comercio, en lo referente a suspensiones de pagos y quiebras (reformas que hace dos o tres años fueron llevadas a cabo); bases en que debía fundarse la legislación sobre marcas de fábrica y comercio; medios para corregir los vicios de la administración en materia de transporte, etc.

Condiciones de venta y suscripción para
España y América

Suscripción anual 14,00 ptas.
» semestral 7,00 »
» trimestral 3,50 »

Número suelto: 30 céntimos

EXTRANJERO:

Número suelto, 50 cént. Un año,
24 pesetas. Un semestre, 12 pesetas

Sr. Administrador de la Revista EL ESTUDIANTE
ZORRILLA, 4 MADRID

Suscríbame por un a la Revista EL ESTUDIANTE. Por giro postal envíe a usted la cantidad de importe de dicha suscripción (1).

En a de de 192 (Firma)

Mi dirección:

(1) No se dará validez a esta hoja de suscripción en tanto no recibamos el importe que en ella se especifique.

IMP. CARO RAGGIO, MENDIZÁBAL, 34, MADRID

EDITORIAL CARO RAGGIO



Mendizábal, 34

MADRID

PRÓXIMOS A PUBLICARSE

	Pesetas.
Pío Baroja: El gran torbellino del mundo.....	5,00
Azorín: Doña Inés. (Historia de amor).....	5,00
Adolfo Posada: La Sociedad de las Naciones.....	5,00
Antonio Porras: Santa mujer nueva.....	5,00
H. Barbusse: Encadenamientos. (2 volúmenes).....	10,00

BIOL

¿Qué es el BIOL?—Un poderoso tónico fosfatado, de esmerada preparación, que se ofrece al público bajo la forma farmacéutica de granulado.
¿Para qué es?—Para proporcionar a los débiles, a los convalecientes, a los sobrecargados de trabajo intelectual o físico, a los jóvenes en el período de su desarrollo, los elementos reparadores necesarios en forma agradable y en condiciones de perfecta asimilación.

Preparado por el LABORATORIO LAZA, de MÁLAGA

4 Pesetas caja en las principales farmacias de España y

en Madrid: FARMACIA GAYOSO, Arenal, 2.

INQUIETUDES

VERSOS

JOSÉ ANTONIO BALBONTÍN

Precio: 3 pesetas.

De venta en todas las librerías.

Admiradores españoles de la Biblia

CERVANTES

Lea en la Sacra Escritura..., allí hallará verdades grandiosas y hechos tan verdaderos como valientes...

Don Quijote, Parte I, cap. XLIX.

LUIS VIVES

Dios, por su infinita misericordia, nos dió y enseñó una doctrina divina... Esta es la que solamente da verdadera luz a nuestro entendimiento; todas las demás, con ésta comparadas, son como espesas tinieblas.

EMILIO CASTELAR

La Biblia es la revelación más pura que de Dios existe.

BALTASAR GRACIÁN

Coronó su práctica estudiosidad con una continua, grave lección de la Sagrada Escritura, la más provechosa, varia y agradable al buen gusto.

(Vida del discreto.)

JOSÉ ENRIQUE RODÓ (Uruguay).

Este libro, que empieza antes que nazca la luz y acaba cuando vuelve el mundo a las sombras eternas, ha sido durante veinte siglos fuerza promotora, reveladora, educadora de vocaciones sublimes; honda inmensa de que mil veces se ha valido el brazo que maneja los orbes para lanzar un alma humana a la cumbre desde donde se ilumina a las demás...

¿Recuerdas en una página de *Las*

Contemplaciones, donde el poeta nos cuenta cómo en su infancia, jugando, halla en un estante de la casa la Biblia, y la abre y comienza a leerla, y pasa toda una mañana en la lectura, que le llena de alegría y deleite? De una manera semejante a ésta fué como Bossuet, niño, sintió en sus hombros el temblor de sus alas nacientes.

JAIME BALMES

Un libro que es, sin disputa, el más antiguo que se conoce, y que, además, encierra la moral más pura, un sistema de legislación admirable y contiene una narración de prodigios. Hasta ahora, nadie ha puesto en duda el mérito eminente de este libro.

(El Criterio.)

F. GINER DE LOS RIOS

Sagrada colección conservada bajo el nombre de Libro de los libros o Escrituras del Antiguo y Nuevo Testamento, en la cual se contiene el sistema doctrinal, moral y religioso relativamente más profundo, popular e inteligible que en la historia de la Humanidad ha aparecido.

FRAY LUIS DE LEON

Notoria cosa es que las Escrituras que llamamos sagradas las inspiró Dios a los profetas que las escribieron, para que nos fuesen en los trabajos de esta vida consuelo, y en las tinieblas y errores de ella, clara y fiel luz; y para que en las llagas que hacen en nuestra alma la pasión y el pecado, allí, como en oficina general, tuviésemos para cada una propio y saludable remedio.

GASPAR MELCHOR DE JOVELLANOS

Sin la revelación, sin esa luz divina que descendió del cielo para alumbrar y fortalecer nuestra oscuridad, flaca razón, ¿qué hubiera alcanzado el hombre de lo que existe fuera de la Naturaleza? ¿qué hubiera alcanzado aún de aquellas santas verdades que tanto ennoblecen su ser y hacen su más dulce consolación?

JUAN DONOSO CORTES

Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó a leer treinta y tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas, aún no ha acabado su lectura. Libro prodigioso aquel en que se calcula todo antes de haberse inventado la ciencia de los cálculos; en que sus estudios lingüísticos se da noticia del origen de las lenguas; en que sin estudios astronómicos se computan las revoluciones de los astros; en que sin documentos históricos se cuenta la historia; en que sin estudios físicos se revelan las leyes del mundo. Libro prodigioso aquel que lo ve todo y que lo sabe todo; que sabe los pensamientos que se levantan en el corazón del hombre y los que están presentes en la mente de Dios; que ve lo que pasa en los abismos del mar y lo que sucede en los abismos de la tierra; que cuenta o predice todas las catástrofes de las gentes, y en donde se encierran y atesoran todos los tesoros de la misericordia, todos los tesoros de la justicia y todos los tesoros de la venganza. Libro, en fin, que cuando los cielos se repliegan sobre sí mismos como un abanico gigantesco, y cuando la tierra padezca desmayos, y el sol recoja su luz, y se apaguen las estrellas, permanecerá él solo con Dios, porque es su eterna palabra, resonando eternamente en las alturas.

BIBLIA EN 4.º MAYOR

Un hermoso volumen de 1.248 páginas, con mapas, sólida encuadernación,

6 PESETAS

Se envía por correo contra remesa de 6,75 ptas. o a reembolso desde la

Sociedad Bíblica

Flor Alta, 2 y 4, Madrid